

## Tradiciones deseadas

A la hora de pensar políticas públicas interinstitucionales para el país, conviene ver qué tradiciones tiene éste y qué rumbo nos gustaría que siguiera en el futuro. Sobre el pasado, discreparemos en las interpretaciones de acuerdo a nuestra perspectiva política e ideológica; sobre el futuro pasa exactamente lo mismo. La construcción de políticas públicas no puede desentenderse de ese pasado, porque forma parte del país que somos, pero tampoco puede desentenderse del rumbo que queremos que siga, a riesgo de marchar a ciegas.

Uruguay, al igual que muchos de los estados surgidos en los albores del siglo XIX, tomó los modelos vigentes en Europa para definir su propia identidad como país. Las dudas sobre el sentido de nuestra nacionalidad duraron hasta el último tercio de ese siglo, pero a partir de entonces comenzó a construirse una "tradición nacional" basada en una bandera, un himno, un escudo, un héroe de alcance nacional.

Poco a poco se fue completando la constelación de estrellas patrias, incorporando el legado del gaucho y los diferentes grupos inmigrantes. La reforma varelana dio sustento a la constitución del Estado moderno a comienzos del siglo XX y las victorias deportivas de la primera mitad de ese siglo terminaron de redondear una identidad concebida como excepcionalidad. Quisimos vernos como un país diferente, blanco de piel, laico, liberal y tolerante en lo político, sin rémoras tercermundistas: una Suiza en América Latina, pero campeona del mundo.

Pero toda cristalización de ese tipo es una invención mitologizada, que deja atrás a los esclavos y su descendencia, a los sobrevivientes de Salsipuedes, a los inmigrantes que no se sumaron a la identidad oficial y a todo lo que nos hiciera dudar de que "como el Uruguay no hay".

Sin embargo, en las últimas décadas el país ha querido construirse como un laboratorio de diversidad y convivencia en el marco de nuevos derechos. El racismo y la xenofobia son delito, el candombe y su espacio sociocultural son Patrimonio Intangible de la Humanidad; las parejas que quieran hacerlo pueden casarse y construir familias sin importar qué cosas hagan en la intimidad; las mujeres pueden

finalmente decidir sobre su maternidad sin riesgos para su vida o su seguridad; quienes quieran, pueden balancear ventajas y desventajas de ciertos consumos sin vincularse con la delincuencia ni arriesgando su libertad; no importa qué tipo de trabajo o en qué lugar uno lo lleve adelante (sea en el medio del campo, en el interior de una residencia privada, en un escenario o en una cama de dos plazas), siempre se tiene el derecho a la cobertura social, la salud y la jubilación.

El problema es que el país que la mayoría de los uruguayos quiere construir no tiene las instancias que permitan "vivir" o revivir el tipo de convivencia deseada. Sin dudas, la ruptura de los grandes relatos en las últimas décadas del siglo pasado y la falta de un "relato mediano", de alcance nacional en Uruguay, agrega una capa de complejidad al tema. Existen sí pequeños relatos, que destacan éste o aquél tipo de vida deseado, pero carecen de relación lógica y práctica.

Se ha desarrollado en las últimas décadas una búsqueda de guías de comportamiento cotidiano que podríamos llamar "estilos de vida": relacionados con la salud, la alimentación, el respeto a la diversidad (cultural, sexual, etc.), la solidaridad social (desde "Un techo para mi país" y la Teletón, al Plan Juntos o el Plan de Emergencia), la diversión para adultos (Noche de la nostalgia) o el simple pero rentable feria de descuentos (desde el Día del Centro a fin de semana sin IVA de los shoppings).

Cada uno de estos ideales de vida o de comportamiento tiene sus momentos de celebración y reafirmación de valores: maratones, ferias de alimentos orgánicos, libros de recetas sanas, día de la marcha de la diversidad, día de Ronald MacDonald, jornadas de la Teletón y a nivel estatal, ceremonias de entregas de viviendas o de tarjetas Uruguay social. Otras, de perfil más bajo, tienen puntos de encuentro o zonas de práctica, que permiten desarrollar sentimientos de comunidad, como tal vez sean quienes practican windsurf en Malvín o ciclismo en la rambla este de Montevideo.

Esto quiere decir que hay "pequeños relatos" que tienen su día especial, su momento de celebración y reafirmación de valores. Estos valores se suman, se superponen y a veces desarrollan yuxtapuestos con otros (con contradicciones lógicas entre ellos, pero no contradicciones vivenciales). Hay actividades impulsadas por empresas, otras por organizaciones no gubernamentales y otras por el gobierno nacional o los gobiernos locales (desde La noche de los museos, pasando por la feria del libro hasta la Fiesta del cordero pesado en Sarandí del Yí).

Una fuerza social o política que quiera promover cambios en el país, tiene que tomar en cuenta estos momentos vivenciales, estas liturgias laicas. Debería pensar en la importancia de esos momentos a la hora de afirmarlos en el terreno de la realidad social. Ya resulta imprescindible que para consolidar los cambios societales de los últimos años, tengamos que hacer nuevas admisiones e inventar nuevas celebraciones de convivencia y nuevos reconocimientos. Estas creaciones, si llegaran a consolidarse, permitirían imaginar un futuro posible, uniendo micro relatos a un "relato mediano", convirtiéndolo en futuro deseado.

Pretendo proponer acá que todos quienes se sientan compenetrados por los cambios producidos y comprometidos con los cambios por hacer, piensen en cómo anclar esas modificaciones en la memoria colectiva y cómo alimentar a quienes viven en el país con oportunidades de entender qué significan. El resultante debería ser un relato que hable sobre el país en el que se desea vivir.

### **Dos o tres hipótesis de trabajo**

El objetivo de esta ponencia es la de definir un campo, algunos supuestos teóricos, algunas premisas prácticas y unas pocas ideas sobre la forma concreta que podrían asumir algunas "tradiciones deseadas".

El campo es el de la construcción de referencias de significado comunes a todos los uruguayos, a través de una diversidad de medianos actos de sentido (fiestas, celebraciones, reconocimientos) de diferentes escalas: desde lo local, pasando por lo regional y aspirando a colaborar en la autopercepción nacional. La gran ventaja de esta definición de campo y herramientas es su sujeción a valores ideológicos y políticos que permitan percibir rasgos de unidad en cada una de las expresiones de la diversidad.

El campo mayor es el país y ese concepto no tan usado en Uruguay como es el de "nación". Benedict Anderson (1993), asegura que *"la afirmación de que la nacionalidad, o la 'calidad de nación' (...), al igual que el nacionalismo, son artefactos culturales de una clase particular. A fin de entenderlos adecuadamente, necesitamos considerar con cuidado cómo han llegado a ser en la historia, en qué formas han cambiado sus significados a través del tiempo y por qué, en la actualidad, tienen una legitimidad emocional tan profunda."*

Para Anderson, la creación de estos artefactos fue un hecho fortuito, propio de las condiciones del siglo XVIII, pero que una vez cristalizado, pasó a ser un modelo replicable. Esta capacidad modular, volvió a estos modelos de comunidad cultural "capaces de ser

*trasplantados, con grados variables de autoconciencia, a una gran diversidad de terrenos sociales, de mezclarse con una diversidad correspondientemente amplia de constelaciones políticas e ideológicas” (id.).*

Desde su perspectiva, la nación sería “una comunidad política limitada y soberana”. Es *imaginada* porque incluso los habitantes de la nación más pequeña “*no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión*” (ibid.) Y es *limitada* porque hasta la más grande sabe que más allá de sus fronteras, siempre finitas, viven otros pueblos y se encuentran otras naciones.

Esto define el área de acción: el territorio del país, pero también la diáspora y eventualmente la imagen que queremos para el país cuando es visto desde afuera. Los sujetos a los que apunta una política que modele las tradiciones para el país deseado son todos los integrantes de la “nación”, aunque mayoritariamente deben sentirse convocados o interpelados por actividades importantes para recortes menores del de la nación. Son las diferentes comunidades de sentimiento las que deben tener políticas que reflejen el país que se quiere.

Anderson termina diciendo que aquella unión política “*se imagina como comunidad porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal. En última instancia, es esta fraternidad la que ha permitido, durante los últimos dos siglos, que tantos millones de personas maten y, sobre todo, estén dispuestos a morir, por imaginaciones tan limitadas*” (ibid.).

Una nación, que es una comunidad imaginada, debe tener relatos y celebraciones conjuntas. Pero también puede tener celebraciones y relatos parciales, que den cuenta de identidades también parciales, a condición de no invalidar los postulados generales. Cuando los postulados parciales son contradictorios con los generales, se produce una pérdida de cohesión social: las diferencias de autopercepción de los grupos los hace sentirse más contrapuestos que incluidos en una misma categoría.

Este es el principal problema a resolver para una política que incluya y que construya un país mejor. Debe haber un relato macro, que englobe y represente a todos los nacionales, y debe haber muchos relatos particulares, que ayuden a la convivencia y respeto de esas diferencias que no serían percibidas como antagónicas. La creación

de una teoría de alcance medio, que “explique” al país y su gente, su formulación en forma de relato macro y el fomento de instancias de celebración de esa convivencia integrando la diversidad son las patas necesarias.

Eric Hobsbawm analiza a lo largo de la historia británica cómo es posible y qué efectos tiene en la cohesión de un pueblo la invención de tradiciones: *“Nada parece más antiguo y relacionado con un pasado inmemorial que la pompa que rodea a la monarquía británica en sus manifestaciones ceremoniales públicas. Sin embargo, (...), en su forma moderna tal boato es un producto de finales del siglo XIX y (comienzos) del siglo XX. Las 'tradiciones' que parecen o reclaman ser antiguas son a menudo bastante recientes en su origen, y a veces inventadas”* (1983).

El libro, que reúne seis trabajos de investigación sobre la creación de tradiciones en Europa y sus colonias, asegura que el término incluye tanto prácticas inventadas y formalmente instituidas como a aquellas que emergen de costumbres más difíciles de investigar pero que se instituyen en pocos años y pasan a ser consideradas como tales por la sociedad.

*“La 'tradición inventada' implica un grupo de prácticas, normalmente gobernadas por reglas aceptadas abierta o tácitamente y de naturaleza simbólica o ritual, que buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de su repetición, lo cual implica automáticamente continuidad con el pasado,”* define Hobsbawm (id.).

Esas prácticas buscan en general legitimarse a través del pasado, de “los orígenes” y convertirse en “nuestras más caras tradiciones”. El uso de edificaciones simbólicas, tanto monumentales como en edificios para transmitir ideas y supuestos vínculos con un pasado más o menos glorioso. Según el historiador, el pasado histórico en el que se inserta una tradición inventada no tiene por qué internarse en los verdaderos orígenes; alcanza con que hagan referencia a ese pasado y lo asuman como explicación de los cambios del presente.

Hobsbawm advierte que es diferente una tradición a la costumbre, ya que aquella tiene que ser invariable porque para la consagración de una tradición es necesario ritualizar su práctica. Y muchas veces estas tradiciones sirven para consolidar avances en la lucha social: los trabajadores que arguyen que tal o cual beneficio es una “costumbre del oficio”, algo que siempre se otorgó, como el litro de leche o los dos kilos de carne en algunos oficios y otros tiempos en Uruguay.

Pero también una tradición debe –además de ser reconocida como fija–, tener un valor asociado, una función simbólica. No se trata sólo de cebar un mate, sino de compartir con otros algo que incluye valores.

En resumen, Hobsbawm dice que *"inventar tradiciones (...) es esencialmente un proceso de formalización y ritualización, caracterizado por la referencia al pasado, aunque sólo sea al imponer la repetición."* (1983). Es posible crear tradiciones en un presente vertiginoso como el de hoy y para ello lo más común es que se usen "materiales viejos" para los nuevos propósitos. Toda sociedad acumula datos, experiencias o conocimientos comunes que pueden ser usadas para construir nuevas tradiciones.

En el prólogo a *Tradiciones inventadas*, el historiador inglés cuenta también cómo los suizos lograron resignificar algunas de sus tradiciones, usando los viejos rituales y dándoles nuevos usos y sentidos. Y recuerda que el primer himno como tal, con su uso y significado actual, sea el británico, que data de 1740, mientras que la primera bandera con su uso actual, la francesa de la revolución, surgió entre 1790 y el 1794, comenzando por esos años la creación en serie de símbolos y tradiciones en forma consciente.

Hobsbawm también alerta sobre las organizaciones que se describen a sí mismas como tradicionalistas, que apelan a los sectores rurales como depositarios de la continuidad de ciertos valores del pasado. La propia aparición de esos grupos es una demostración de la interrupción en los hábitos y costumbres que, son recuperados, reelaborados y devueltos como "tradicionales". Estos agrupamientos fueron populares durante el movimiento romántico del siglo XIX y a pesar de no haber podido preservar vivas las prácticas del pasado, mantienen algunos santuarios en los que se los ritualiza periódicamente.

En el mismo libro, David Cannadine (1983) analiza la pompa de la monarquía británica y percibe dos encares. Unos ponen el acento en la fuerza integradora del ceremonial y su capacidad para encarnar, reflejar, sostener y reforzar valores populares. Otros prefieren ver el ritual no como expresión pública y articulada de un consenso sino como una *"personificación de la 'movilización de prejuicios', un ejemplo de cómo la elite gobernante consolida su dominio ideológico"*, utilizando la pompa como propaganda.

Estas reflexiones llevan a otra parte. El sociólogo búlgaro Karl Mannheim fue el principal exponente de la sociología del conocimiento, que tuvo mucha influencia en la Alemania de entreguerras. Para Mannheim *"la tesis principal de la sociología del*

*conocimiento es que existen formas de pensamiento que no se pueden comprender debidamente mientras permanezcan oscuros sus orígenes sociales. Es indiscutible que sólo el individuo es capaz de pensar. No existe una entidad metafísica como sería el espíritu de grupo, que piensa por encima y por debajo de las cabezas de los individuos, o cuyas ideas el individuo se limita a reproducir. Sin embargo, sería un error deducir de esto que todas las ideas y sentimientos que sirven de motivos a un individuo tienen origen en él mismo y pueden explicarse adecuadamente a la base sólo de la experiencia de su propia vida" (1941).*

Es evidente que las ideas y los sentimientos que inspiran a los individuos son los de su tiempo. En principio, son los que naturalmente existen en el entorno de los individuos, pero también pueden ser los que se pongan a su disposición. A medida que crece el capital social de las personas, son más las ideas que ellas pueden tomar para expresar sus puntos de vista y sus sentimientos.

El autor utiliza una analogía con el uso del lenguaje, que los individuos tomamos de nuestro entorno, ya que todos hablamos la lengua de nuestros predecesores. Y como en la lengua, no todo sale de la psique de las personas: los individuos tenemos capacidades limitadas para pensar y expresar cosas que están fuera de su tradición cultural. Desde el punto de vista de Mannheim, el individuo *"habla el idioma de su grupo; piensa en la misma forma que su grupo. Halla a su disposición solamente determinadas palabras con su significado. Dichas palabras no sólo trazan en gran parte los caminos que habrían de conducirlo al mundo que lo rodea, sino que muestran al mismo tiempo desde qué ángulo y en qué contextura de actividad los objetos han sido perceptibles y asequibles hasta ahora al grupo o al individuo" (id.).*

Mannheim destaca la posibilidad de influir en el stock de ideas disponibles en un tiempo determinado: *"Bien miradas las cosas, es un error decir que el individuo aislado piensa. Habría que decir más bien que participa en el pensamiento de otros hombres que han pensado antes que él. Encuentra una situación heredada, con modos de pensamiento que se adaptan a dicha situación y con tentativas de mejorar las respuestas heredadas o de sustituirlas con otras que permitan enfrentarse mejor con las alteraciones y los cambios de esa situación. Todo individuo se halla, pues, predeterminado, en un doble sentido, por el hecho de haberse desarrollado dentro de una sociedad: de un lado encuentra una situación establecida, y del otro halla en esta situación modos preformados de pensamiento y de conducta" (ibid.)*

En los tiempos de cambio social parecería importante poner a disposición de los ciudadanos nuevas interpretaciones, nuevos conjuntos de ideas que puedan dar forma a los derechos recientemente adquiridos o los derechos que son imaginados como deseables.

Mannheim es plenamente consciente de que diferentes grupos de ideas compiten en la sociedad. *"Los hombres que viven en grupos no se reúnen, en un sentido meramente físico, como individuos aislados. No se enfrentan con los objetos del mundo desde las abstractas alturas de una mente contemplativa, ni lo hacen exclusivamente como seres aislados. Al contrario: actúan unos contra otros, en grupos organizados de diferentes maneras, y al hacerlo piensan unos con otros y unos contra otros. Esas personas vinculadas en grupos luchan, de acuerdo con el carácter y la posición de los grupos a los cuales pertenece, con el objeto de cambiar el mundo circundante de la naturaleza y de la sociedad o de esforzarse en mantenerlo en determinada condición. La dirección de cambio o de conservación de esta voluntad colectiva nos sirve de hilo conductor para llegar al lugar donde surgen sus problemas, sus conceptos y sus formas de pensamiento"* (ibid.)

En Uruguay nos gusta pensar que estamos viviendo tiempos de cambio profundos, con reconocimiento y efectivo ejercicio de los derechos de segunda y tercera generación. Pero estos nuevos derechos a la salud, la identidad y la orientación sexual, la reivindicación de orígenes étnicos diversos, el respeto a las variaciones idiomáticas regionales, necesitan tener un relato (o varios) que los contengan y los expresen. Sin esos léxicos, sin esas tradiciones, la operación de cambio estará incompleta o al menos renga. Es fundamental definir políticas culturales que hagan posible la comprensión vivencial y simbólica de los derechos consagrados en las leyes de los últimos años.

¿Por qué elegir las tradiciones? Porque éstas, junto con algunas costumbres rituales, tienen un enorme peso simbólico y pueden permitir interpretar la vida social. Y esto sirve tanto para preservar una determinada estructura económico-social como para comprender los cambios producidos en ella.

En el 18 de Brumario de Louis Bonaparte, Karl Marx, dice que los *"hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando éstos aparentan dedicarse precisamente a*

*transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal. (...) Es como el principiante que ha aprendido un idioma nuevo: lo traduce siempre a su idioma nativo, pero sólo se asimila el espíritu del nuevo idioma y sólo es capaz de expresarse libremente en él cuando se mueve dentro de él sin reminiscencias y olvida en él su lenguaje natal" (id.)*

Si las palabras de Marx mantienen alguna utilidad, no convendría utilizar las tradiciones del pasado para comprender los tiempos presentes. Su advertencia para el siglo XIX podía aplicarse al XXI: *"La revolución social del siglo XIX no puede sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir. No puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de toda veneración supersticiosa por el pasado. Las anteriores revoluciones necesitaban remontarse a los recuerdos de la historia universal para aturdirse acerca de su propio contenido. La revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren a sus muertos, para cobrar conciencia de su propio contenido" (ibid.).*

Es claro que Uruguay no ha llevado adelante ninguna revolución, pero tampoco se puede decir que el país esté estancado en el tiempo. La última década ha producido cambios espectaculares, tal vez sólo comparables a los del período batllista de comienzos del siglo XX. Y así como el Uruguay de las tres primeras décadas de ese siglo tuvo un relato de cómo debería ser su futuro, tuvo obras públicas que coincidían con ese relato y tuvo políticas sociales y culturales que garantizaban esos cambios en las leyes y en la sensibilidad de los ciudadanos, el país necesita hoy eso mismo.

Carlos Real de Azúa dice en su libro "El Poder" que Mannheim hace un planteo prospectivo cuando afirma que *"de cualquier modo, la crisis inocultable de esa sociedad reclama la existencia de elites organizadoras y técnicas, que cumplan las funciones necesarias de integración social y 'elites intelectuales y estéticas' que asuman a su vez la tarea de expresar los nuevos valores en trance de nacer y de sublimar las energías psíquicas de la sociedad" (1990).*

## **Un país de impulsos**

Frenos hubo bastantes en la historia del país, pero hoy corresponde analizar los momentos de impulso y cómo se vivieron, para poder realizar la tarea que nos corresponde como ciudadanos del siglo XXI.

El batllismo, o más precisamente José Batlle y Ordóñez, tuvo una idea del país que quería construir y trabajó para que esa idea se hiciera realidad. Trabajó al cambiarle el corazón a su partido tanto como trabajó para cambiar la Constitución de 1830, las estructuras de gobierno y el sentimiento de los ciudadanos respecto a su gobierno y a su país.

Respecto a la legislación y el futuro del país, hay un episodio que refleja la ambición de cambio del líder del Partido Colorado. En octubre de 1915 el diario *La Democracia*, dirigido por Carlos Roxlo y Luis Alberto de Herrera, publicó un editorial que atacaba la legislación laboral a estudio legislativo, advirtiendo: *"aquí no hay gran industria, ni masa obrera, ni burguesía acaudalada ni pavorosos problemas de carácter social. Nuestro país no es otra cosa que una pobre y oscura republiquita, donde todo está en ciernes..."* Desde el diario *El Día*, Batlle respondió con una de sus frases más ingeniosas y más famosas: *"Seremos una pobre y oscura republiquita, pero tendremos leyecitas adelantaditas"* (Nahum 1997). La ley se aprobó en noviembre.

En todos los sentidos de la vida social, Batlle intentó moldear un país acorde con sus ideas y diferente al país que encontró. Sus actos de gobierno tenían implicancias simbólicas que no le resultaban casuales. Cuando asumió el gobierno por segunda vez (1º de marzo de 1911) renegó del juramento constitucional por "la Biblia y los Santos Evangelios" y se excusó diciendo: *"Permitidme que, llenando el requisito constitucional, para mí sin valor, a que acabo de dar cumplimiento, exprese en otra forma el compromiso solemne que contraigo en este instante: juro por mi honor de hombre y ciudadano que la justicia, el progreso y el bien de la República, realizados dentro de un estricto cumplimiento de la ley inspirarán mi más grande y perenne anhelo de gobernante"* (en Nahum, 1997).

Otra muestra visible de la voluntad de moldear una sociedad a la imagen de sus convicciones fue la obra urbanística del período batllista, que va más allá de sus dos presidencias y abarca el primer tercio del siglo XX.

La publicación "Eugenio P. Baroffio. Gestión urbana y arquitectónica 1906-1956" (Gutiérrez, R. ed., 2010) tiene varios artículos sobre la vida y la obra del arquitecto que "interpretó" al batllismo en el plano urbanístico y arquitectónico desde el Municipio de Montevideo y el Ministerio de Obras Públicas.

En el artículo "Baroffio, arquitectura y primer batllismo: las bases físicas de un modelo de ciudadanía" (Caetano G., Pérez, C. y Tomeo, D., 2010) los autores destacan la voluntad del elenco batllista de

"refundar" Montevideo, incluso borrando los rastros del siglo XIX para hacer lugar a una nueva ciudad. El objetivo era tener una capital "modélica" para un país modelo, proyecto en el que participó el propio Presidente de la República.

La ciudad entonces se convertía en un símbolo del país que se quería construir. Según estos autores "la ciudad batllista", tanto en lo inicialmente proyectado como en lo que se terminó por concretar, fue un escenario central para el despliegue de toda esa visión de ciudadanía con perfiles republicanos a la que antes se aludió. De ese modo, *"la nueva Montevideo debía confirmar la centralidad de la política, expresar y a la vez habilitar un civismo activo participativo, integrar el hábitat de los ciudadanos desde el protagonismo y la simbolización protectora del Estado. Al mismo tiempo, debía traducir del modo más concluyente la noción genérica del predominio de lo público sobre lo privado y del Estado sobre el mercado, "monumentalizando" valores y virtudes cívicas, todo lo que debía encarnarse en grandes "templos laicos" propios de una 'religión civil' que dominara en el espacio público, en el que no debían aparecer símbolos o identificaciones dominantes pertenecientes a 'religiones positivas'"* (Caetano et al).

Batlle en persona o sus cuadros de confianza, como el propio Eugenio Baroffio, que trabajó 38 años en el municipio de Montevideo como director de los departamento de arquitectura y paseos y jardines, buscaron que la ciudad la capital reflejara el tipo de país que se quería para el futuro. Ese país tenía que tener edificios públicos monumentales (como el Palacio Legislativo, que es de esa época), avenidas que representaran el vínculo entre los organismos públicos y los poderes del Estado, barrios jardín, que mostraran el tipo de convivencia deseada, los espacios públicos que fueran atractivos turísticos y lugares de esparcimiento de los ciudadanos.

*"Las iniciativas dirigidas a ese fin fueron múltiples, muchas de ellas empujadas y hasta diseñadas por el propio Batlle, quien sin duda veía en la ciudad un territorio privilegiado para aterrizar y desplegar su filosofía reformista. En más de un sentido, como se verá, esa Montevideo imaginada y proyectada –con perfiles faraónicos y hasta delirantes en algunos casos– por Batlle y varios de sus dirigentes resultó un verdadero microcosmos del programa reformista en su conjunto, un territorio abonado para explorar la difusión de ideas y valores, así como un laboratorio para corporizar sueños y deseos"* (Caetano et al).

Se puede decir que Batlle, a través de Baroffio, fue el primer promotor de las condiciones físicas para el país que quería construir, el primero en armar una escenografía para las tradiciones que quería

que caracterizaran a Uruguay. La ciudad tenía que ser el símbolo de la sociedad deseada.

Este símbolo no fue el único: Batlle promovió la secularización definitiva de la sociedad con el divorcio y la supresión de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas. En su segunda presidencia hizo desaparecer algunas tradiciones que no coincidían con el estilo de convivencia deseados. Las corridas de toros, las riñas de gallos y los "tiros a la paloma" fueron prohibidos por ley en 1913.

Pero el caso del divorcio es interesante porque muestra la importancia simbólica que le daba Batlle al tema. En 1912 el diputado batllista Ricardo J. Areco propuso un proyecto de ley que permitía que uno de los dos integrantes de la sociedad matrimonial pudiera deshacer el vínculo. Pero Domingo Arena, con el respaldo explícito de Batlle, presentó una fórmula que consagraba el divorcio por sola voluntad de la mujer. El fundamento era también de tipo simbólico: la mujer seguía siendo el miembro débil de la sociedad patriarcal y era necesario dotarla de poderes únicos, que balancearan su situación. Con una propuesta como la de Areco el hombre podría disolver el vínculo cuando quisiera y la mujer no (por condiciones sociales), mientras que la de Arena daba un poder inédito a la parte "débil".

Otro tema fue el de la educación de las mujeres. Partidario de la educación mixta y enemigo de la separación de mujeres y varones, Batlle promovió la creación de la Sección femenina de Secundaria y Preparatoria, para lograr que padres que no se oponían a mejorar la educación de sus hijas pero temían las "consecuencias" de aulas conjuntas, pudieran hacerlo. (Nahum, 1997).

La sociedad estaba conmovida por los cambios demográficos, legislativos, urbanísticos, económicos, deportivos, etcétera. La celebración del Centenario fue motivo de gran debate a nivel parlamentario. Batllistas y conservadores sabían qué se jugaba en la forma de celebrar los primeros cien años de vida independiente y sabían que la forma y el contenido de esos festejos iban a tener consecuencias en la sociedad.

El diputado colorado José G. Antuña, argumentando a favor de la designación del 25 de agosto de 1925 como fecha para celebrar el Centenario de la Independencia, descarta los datos estrictamente históricos que indicarían otras opciones. El legislador –un notorio conservador–, argumenta que debe ser en 1925 porque asegura que al país *"llegan desde lejanas tierras vientos helados de egoísmo, de disolución y anarquía. (...) La visión de sus glorias, de sus héroes y de sus primeros estadistas redivivos en el recuerdo secular, agitándose*

*de nuevo en la escena de la Patria ya centenaria, frente a la gratitud conmovida de sus hijos por su esfuerzo definitivamente libres, ha de indicar a estos, índice luminoso y sereno, los grandes rumbos, solo propicios para los pueblos que sobre la base de sus instituciones básicas y sus claros sentimientos, la familia, la sociedad y la Patria, construyen la pirámide de su grandeza y de su honor” (en Demasi, 2004).*

Demasi comenta la argumentación de Antuña, afirmando que la visión conservadora se expresa con toda nitidez en el concepto instrumental de Centenario, usándolo como *“forma de conjurar las amenazas que se ciernen sobre el 'espíritu nacional' en el complejo mundo de posguerra. No se trata de 'proclamar la verdad', como muchas veces se afirmó durante el debate parlamentario, sino de conmover la fibra patriótica como pretexto para consolidar el orden establecido. Por eso en varias oportunidades Antuña afirma imperativamente que se 'debe' conmemorar el Centenario el 25 de agosto de 1925, la fecha más próxima de todas las posibles” (2004).*

Por su parte, en “La ideología de Batlle” Antonio M. Grompone (1967) afirma que el líder colorado estaba radicalmente en contra del partido como organización dirigida por sus cuadros gobernantes y recuerda que éste fue el motivo de la creación de los clubes seccionales que ésto pudieran actuar directamente, sin injerencia del Ejecutivo. La creación física de los “clubes” representaba la idea de los ciudadanos tomando decisiones por sí mismos en sitios que no son los del poder estatal.

Batlle creía en el gobierno del partido, sin concesiones hacia la oposición. Pero esta actitud de Batlle sobre los gobernantes como hombres de partido, llegados allí para cumplir con un programa consensuado con sus votantes, trae una importante discusión algo olvidada. En palabras de Grompone, esto oponía dos ideologías: *“la que sostenía que los gobernantes, al ocupar sus cargos debían hacer abstracción de su calidad de partidarios, y la de Batlle, que entendía que el gobernante era un hombre de partido que iba hacer práctico el programa presentado y que debía gobernar con los hombres de su misma ideología” (Grompone, 1967).*

Este argumento permite fundamentar la acción de gobierno que respeta el programa que una mayoría de ciudadanos aprobó en una elección. El gobernante está para cumplir con sus responsabilidades estatales, pero también sus compromisos electorales. Una organización que promete cambios en la sociedad tiene derecho a usar los mecanismos de gobierno para modificar la realidad actual y crear ceremonias, tradiciones y ritualidades que expresen

simbólicamente los cambios logrados y los que siguen siendo un anhelo (como el reclamo de "verdad y justicia").

Esto podría interpretarse como que quien llega al gobierno de forma legítima y con un programa explícito, puede desarrollar mecanismos que permitan arraigar sus propios valores en la vida de la sociedad. Una de las maneras es la de crear tradiciones que representen lo que desean como modelo las nuevas alianzas que son mayoría en la sociedad.

Para José Batlle y Ordoñez no alcanzaba con la nacionalización de los servicios, con los servicios públicos de calidad, con la reforma constitucional, con los derechos consagrados a las mujeres y los sindicatos, con la educación pública, con la presión fiscal a la renta agropecuaria, con la lucha contra el imperialismo británico, etcétera. Cambiar un país era mucho más que eso.

## **Recapitulemos**

Hasta ahora he citado a varios autores y actores que ponen los pilares para la construcción de tradiciones deseadas.

Benedict Anderson demostró que la comunidad nacional es un sentimiento construido sobre la voluntad de un pueblo que se imagina viviendo la misma peripecia. Se trata de una construcción cultural y de una operación de imaginación: nadie conoce a todos los integrantes de la comunidad nacional, pero a todos le asigna características o experiencias que son distintivas. Y los límites de esa comunidad no son necesariamente los que la historia, la biología o el idioma podría dibujar sino que son lo que la mayoría (o el sector hegemónico) de esa comunidad desea.

Por su parte Eric Hobsbawm analiza y recopila antecedentes de tradiciones inventadas. Estas son importantes por dos cosas. Por un lado nos dicen que es posible inventar una tradición en base a los valores que decidimos rescatar de nuestro pasado. Pero nos dice además que esas creaciones son replicables, es decir, que es posible hacer una especie de ingeniería social con el fin de obtener ciertas interpretaciones por parte de los ciudadanos. Las tradiciones son fuente de interpretación y se convierten en un discurso sobre la sociedad en la que se vive.

Karl Mannheim nos dice que diferentes grupos compiten en el seno de una sociedad por darle sentido a sus prácticas. Y que los seres humanos no pensamos como colectivo sino individualmente, pero que esos pensamientos están limitados por el tipo de ideas, conceptos y conocimientos de un tiempo dado. Por lo tanto, si ese capital cultural

y social se amplía, los integrantes de la sociedad serán capaces de tener otros pensamientos, otras ideas sobre ellos mismos y sobre la sociedad.

Para completar, Karl Marx afirma que los seres humanos pueden sentirse oprimidos por tradiciones del pasado y que algunas veces es necesario tomar ropajes viejos y darle nuevos significados. O mejor aún, olvidar los viejos significados y elaborar su poesía a partir del porvenir, abandonando la veneración supersticiosa del pasado.

Interpretando a Mannheim, Real de Azúa dice que la sociedad necesita grupos organizados para integrar la sociedad y para "expresar los nuevos valores en trance de nacer".

Esta ingeniería social hecha a consciencia no es nueva en el país. José Batlle y Ordóñez no sólo fue presidente dos veces sino que fue un constructor de relatos. Armó las condiciones de su propia mitologización, pero al país le legó una serie de tradiciones que hasta hoy forman la estructura ideológica de los uruguayos. Y la ciudad que quiso construir, sin murallas, con un balcón al mar disfrutado por todas las clases sociales, con edificios públicos que mostraran la grandeza del Estado son el intento (y el logro) de dar la más grande escenografía al cambio social: la transformación de la ciudad capital para que esta opere como relato.

Y en esto Batlle soñó unas tradiciones para el futuro y quiso construirlas en la realidad.

Otros momentos de la historia nacional han visto la construcción de mitos retrospectivos, como la búsqueda de una identidad nacional con héroe, himno, bandera, escudo y posteriormente su propia leyenda patria. Pero lo que parece más productivo hoy es ver quiénes intentaron trabajar sobre el sentido de ese pasado y tomarlo como aporte para el presente, incluso forzando su relación con la historia para poder articular un discurso útil. Tal es el caso de los esfuerzos del diputado José G. Antuña, que trata de tener una fecha del Centenario lo antes posible porque la sociedad necesita corregir ciertas desviaciones y conjurar ciertas amenazas.

### **Los deseos y el futuro**

Es obvio que ninguna fuerza de cambio puede compartir la práctica de Antuña, porque los límites éticos de respeto a la verdad no deben cruzarse con fines utilitarios bajo riesgo de perder el propio carácter progresista.

Pero es claro que la sociedad es el escenario de múltiples intercambios: algunos son materiales, otros son simbólicos. La disputa por el sentido en esos intercambios es permanente. Algunos significantes quedan vacíos, otros adquieren significados nuevos como resultado de avances tecnológicos o societales. Y no intervenir de forma consciente en ellos es asumir posiciones ideológicas que vienen de otras tradiciones. Si se cree que la tarea de un gobierno es ordenar la economía y fijar las reglas de juego de los diferentes actores y que con eso alcanza para lograr justicia en la sociedad, no se está dentro de la tradición progresista.

Las políticas públicas pueden participar en la danza del sentido, trabajando sobre algunos significantes y proponer para ellos los significados que representen nuestros sueños. Esta es la esencia de las tradiciones deseadas.

Este camino no es totalmente original ni inédito en el país. En su momento un pequeño grupo de ciudadanos creó las marchas de la Diversidad y el Silencio, que hoy son parte de la vida social en Montevideo y parte del país. Pero también el Desfile de Llamadas fue un invento de una burocrática comisión de festejos de la Intendencia de Montevideo hace menos de 70 años y hoy es considerado como parte integrante de nuestra historia ancestral.

El cambio sería entonces la producción programada de futuras tradiciones que reflejen valores deseados, puntos de llegada (por más intermedios que sean) donde nos gustaría vernos en 70 o cien años.

Y no hay nada de ilegítimo en diseñar políticas públicas que consagren objetivos que corresponden a una visión ideológica de la sociedad. Batlle llegó incluso a prohibir algunas tradiciones que no coincidían con los valores del país que se estaba construyendo.

Sin embargo, hay algunos impedimentos hoy que harían imposible una tarea como la llevada adelante por Batlle. Por un lado, la suma del poder político que logró el presidente colorado y su carismático liderazgo sobre gran parte de la población no son pensables hoy. Por otra parte, su gobierno de partido y su decisión de imponer su programa a pesar de la oposición de los conservadores no forman parte de la cultura política de consensos del siglo XXI en Uruguay.

Lo que es posible en Uruguay es una serie de batallas por el sentido del pasado y de las tradiciones hoy vigentes y lo que da sentido a esta propuesta: la creación de nuevas tradiciones. Las tradiciones deseadas permitirían comunicar de forma simbólica y vivencial los postulados morales y de convivencia que quiere llevar adelante la alianza de sectores progresistas que hoy tiene el gobierno en el país.

Habría as ı una serie de propuestas que coincidan con la orientación que se le quiere dar al país y otras que se opongan o sean contradictorias con ella.

## **Hacia d nnde avanzamos**

Los postulados del progresismo son un cuerpo no sistemático de ideas que pueden, por esa misma razón, contener tendencias contradictorias. Pero aún as ı hay en la historia y en la práctica de los sectores sociales y políticos que hoy tienen influencia en el gobierno una reconocible línea política que sigue los postulados de la Revolución Francesa y la tradición de los derechos humanos de la llamada Civilización Occidental. Aún desde la periferia, es claro cómo cierta visión de la libertad, la igualdad, la fraternidad entre los seres humanos, la búsqueda de la justicia y de un respeto a los individuos y sus decisiones caracterizan hoy a nuestro país.

La última década ha sido pródiga en reconocimientos de derechos, en políticas públicas que promueven la fraternidad y la solidaridad con los sectores más desprotegidos y la promoción de justicia social y la justicia demorada en otros ámbitos.

Por otra parte, las "liturgias laicas" del batllismo (como sería hoy la cola frente a un circuito de votación en una jornada electoral), las fiestas patrias, tradicionales o de nuevo tipo (que han florecido en los últimos años), las instancias de convivencia, podrían ser imbuidas de valores deseables.

Hay experiencias de tradiciones creadas en los últimos años que pueden ser consideradas como las más importantes: la Marcha del Silencio y la Marcha por la Diversidad representan el tipo de tradición deseable. La primera cumple sus 20 años de reclamo de verdad y justicia sobre los desaparecidos en la dictadura militar (1973-1985) en 2015 con decenas de miles de manifestantes. La segunda celebró sus 22 años con una marcha multitudinaria transmitida por televisión pública abierta (TVCiudad). (En 2005 la Marcha del Orgullo Gay, que se realizaba en Montevideo desde 1993, cambi  su nombre al que lleva hoy<sup>1</sup>.)

Por diferentes motivos, ambas surgieron como un reclamo ante notorias situaciones de injusticia y sufrieron rechazos e incomprensiones antes de ser lo que son hoy: actividades masivas y legitimadas.

---

1 Diversidad sexual en Uruguay. Las políticas de inclusión social para personas LGBT del Ministerio de Desarrollo Social (2010-2014). Informe final  
[http://www.unfpa.org.uy/userfiles/publications/112\\_file1.pdf](http://www.unfpa.org.uy/userfiles/publications/112_file1.pdf)

Analizando la situación del país hoy y la evolución previsible, hay algunas temáticas que necesitarían una intervención interpretativa por parte del Estado. Es posible que en los próximos años el país reciba inmigrantes que lleguen a Uruguay buscando trabajo y paz. Pero después de 80 años de hábitos emigrantes en la población, no va a ser fácil aceptar a los nuevos inmigrantes. Parece imprescindible empezar a tener políticas públicas que atiendan a la situación de los pocos miles de inmigrantes recientes, promoviendo el reconocimiento de los aportes que significan para el país. Esto puede hacerse con un doble interés: el de favorecer la integración de los recién llegados, a través de un trato amable y generoso y un reconocimiento público y el de superar los temores de los locales, mostrando los conocimientos y tradiciones que vienen con los inmigrantes a fortalecer la cultural local. Una feria de los inmigrantes, con culinaria, vestimentas, músicas y literatura de los países de origen sería el formato ideal.

Una injusticia de larga data es el trato que da la cultura oficial a los hablantes de portuñol (Portugués de Uruguay, PDU), siempre considerados ellos y su lengua madre como algo de menor valor que quienes se expresan en castellano y en portugués. El país está en deuda con esa población y es imprescindible que se produzca un reconocimiento y una celebración de la diversidad que implica tener una segunda lengua en el país. En este caso, la celebración tiene que ser concebida en términos estatales, pues para buscar una consideración social igualitaria con los hablantes del PDU no alcanzan las iniciativas particulares o regionales. Un concurso antología de poesía, canto, teatro y otras actividades que promuevan el reconocimiento del portuñol y su espacio sociocultural podría ser el formato para esto.

Otro de los temas que ha quedado en una zona de conflicto es el ambiental. Desde los tiempos de la instalación de la planta de pasta de celulosa de Fray Bentos hasta el presente ha habido una división más o menos persistente entre las personas interesadas en el cuidado del ambiente y las autoridades nacionales del área. Las posibilidades de cooperación entre los integrantes del gobierno que asumió en 2005 y la sociedad organizada eran muchas ya que gran parte del equipo de responsables había integrado algunas de aquellas organizaciones. Pero la confrontación con Argentina convirtió el debate en un tema nacional y separó aguas: gobierno por un lado y organizaciones y militantes ambientales por otro, más allá de las cooperaciones puntuales que se realizan por un tema u otro. Aquí hay una oportunidad para una nueva tradición deseada: un día en que gobernantes y activistas participen en acciones prácticas, de elaboración de propuestas para el cuidado del ambiente, y de intercambio de información entre los primeros y los segundos.

Este caso es un ejemplo en el que la gestión cultural pueda proveer espacios de socialización conjunta a integrantes de un área temática que han estado separados por razones de posicionamiento político.

Un ejemplo internacional que hoy parece muy difícil de trasplantar es la tradición de los liceos japoneses, que promueven periódicamente la limpieza colectiva de las instalaciones de estudio. Pero generar una tradición de cuidado y responsabilidad por el propio ámbito de estudio es claramente un hábito con proyección más allá de la adolescencia. El respeto por la higiene y el aprendizaje que supone saber, por mano propia, que lo que hoy se ensucia o rompe mañana se tiene que limpiar y arreglar, sería muy bueno para todos. En esto hay que romper varias resistencias y la primera de ellas es la de que "nuestros hijos no están para limpiar". Esta tercerización de las tareas de limpieza y arreglo están en la base de la des-responsabilización sobre los bienes públicos, una práctica que hay que revertir. Pero si se comienza de a poco, sin un énfasis moralizante y se logra combinar sociabilidad, limpieza, diversión y responsabilidad, puede lograrse que otros institutos vayan sumándose a la tarea.

Una tradición similar puede llevarse adelante respecto a los espacios públicos y sus monumentos. La gestión de los espacios públicos es claramente una tarea municipal, pero muchas veces los pequeños municipios no disponen de los medios como para llevarla adelante. Otras veces los vecinos pueden entender que es posible hacer mejoras en un espacio público y tienen ganas de hacerlo. Es lógico el apoyo de los municipios, pero es más importante que los propios vecinos (más que las empresas) asuman la tarea de mejorar su entorno ya que serán los principales interesados luego en su mantenimiento.

El día de todos los uruguayos puede ser también el día de la diáspora: una jornada preparada en todo el país para saludar a nuestros compatriotas en todo el mundo. En escuelas, liceos y en empresas o a nivel individual se podrían preparar postales o fotos del pueblo o el barrio de los uruguayos en el exterior. Las familias se enviarían tarjetas electrónicas y anuncios del tipo "Volvé a tu casa cuando quieras/ siempre te esperan a comer", haciendo sentir que Uruguay es todavía su país y que siempre tiene un lugar para ellos. Las ventajas de esta política de vínculos con los uruguayos son evidentes.

Éstos son sólo ejemplos de algunas tradiciones que sea deseable instaurar en Uruguay. Pero lo que me parece más interesante es la discusión de un modelo que combine la gestión cultural con la

generación de ciudadanía y la mejora de la calidad de vida y disfrute de los ciudadanos (o residentes) en el país.

Es el Estado quien tiene mejores chances de llevar adelante estas políticas, por ser un actor transversal, con recursos y capaz de tener intenciones coherentes en el campo de la convivencia y de los valores. La integración del arte y la cultura en su más amplio sentido a las políticas públicas generales es el camino más eficiente para generar un "nuevo uruguayo" que no se caracterice sólo por su capacidad de consumir sino por su capacidad de adaptarse y disfrutar de un mundo cambiante y diverso y asumir las responsabilidades correspondientes a ese tipo de tipo de convivencia deseada.

## Referencias

**Anderson, Benedict** (1993). *Comunidades imaginadas*. México, FCE.

**Caetano, Gerardo, Pérez, Cecilia y Tomeo, Daniela** (2010). Baroffio, arquitectura y primer batllismo: Las bases físicas de un modelo de ciudadanía. En Gutiérrez, Ramón (Dir.). *Eugenio P. Baroffio. Gestión urbana y arquitectónica, 1906-1956*. Montevideo, Facultad de Arquitectura-Cedodal.

**Cannadine, David** (1983). Contexto, representación y significado del ritual: la monarquía británica y la «invención de la tradición», c. 1820-1977. En Hobsbawm, E. y Ranger, T. Eds. *La invención de la tradición*. Reino Unido, Cambridge Press.

**Demasi, Carlos** (2004). *La lucha por el pasado. Historia y nación en Uruguay (1920-1930)*. Montevideo, Trilce.

**Ministerio de Desarrollo Social** (2014). Diversidad sexual en Uruguay. Las políticas de inclusión social para personas LGBT del Ministerio de Desarrollo Social (2010-2014). Informe final [http://www.unfpa.org.uy/userfiles/publications/112\\_file1.pdf](http://www.unfpa.org.uy/userfiles/publications/112_file1.pdf)

**Grompone, Antonio M.** (1967). *La ideología de Batlle. Seguido por escritos de José Batlle y Ordóñez*. Montevideo, Arca.

**Gutiérrez, Ramón** (Dir.) (2010). *Eugenio P. Baroffio. Gestión urbana y arquitectónica, 1906-1956*. Montevideo, Facultad de Arquitectura-Cedodal.

**Hobsbawm, Eric** (1983). La fabricación en serie de tradiciones: Europa, 1870-1914. En Hobsbawm, E. y Ranger, T. Eds. (1983) *La invención de la tradición*. Reino Unido, Cambridge Press.

**Mannheim, Karl** (1941). *Ideología y utopía*. México, 1941.

**Marx, Karl** (1969). El 18 de brumario de Luis Bonaparte. En C. Marx F. Engels. *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso.

**Nahum, Benjamín** (1997). *Manual de historia del Uruguay 1903-1990*. Montevideo, EBO.

**Real de Azúa, Carlos** (1990). *El poder*. Montevideo, Celadu.